



RESUMEN

En este artículo se expone por qué el profesor de filosofía, además de dar clase, también tiene la responsabilidad de ejercer en el espacio público una función filosófica y ciudadana. En este sentido, el café filosófico puede constituir una oportunidad inmejorable para que el profesional de la filosofía pueda ejercer esta función pública. El filósofo tiene mucho que aportar al café filosófico (el autor analiza ocho tipos de «herramientas filosóficas») y el café filosófico puede a su vez aportarle también muchas cosas: dejarse desestabilizar por la opinión, aprender a escuchar y participar en discusiones, pero debe evitar en todo momento confiscar la palabra y ejercitar cualquier tipo de terrorismo intelectual.

Palabras clave

Café Filosófico, Didáctica de la Filosofía, Práctica Filosófica, Filosofar, Filosofía con niños

ABSTRACT

In this article the author explains why philosophy teachers (in secondary school) or philosophy professors (in colleges and universities), apart from teaching, have also the responsibility of playing in the public sphere a civic and a philosophical role. In this sense, the Philosophy Café can be an excellent opportunity for the professional philosopher to exercise this public role. The philosopher has a lot to contribute to the Philosophy Café (the author analyzes eight types of «philosophical tools») and the Philosophy Café, at the same time, can also contribute a lot of things to him or her (to allow that the opinion could destabilize him, to learn to listen and to participate in discussions), but he —or she— must constantly avoid to confiscate the word and to exercise any type of intellectual terrorism.

Key words

Philosophy Café, Teaching Philosophy, Philosophical Practice, Philosophy Workshop, Philosophy with Children

El café filosófico: ¿Cuál es la responsabilidad del filósofo?¹

Michel Tozzi

michel.tozzi@orange.fr

Traducción de Felicidad Martínez-Pais y Gabriel Arnaiz

Voy a desarrollar en este artículo tres tesis, que someto a discusión:

1) Es una responsabilidad del filósofo profesional o del profesor de filosofía² — tanto hombre como mujer— ejercer fuera de la escuela y en la ciudad (*cit *)³ una

¹ (N. del T.) Traducción del artículo «Le Café-Philo: Quelle responsabilit  pour le philosophe?», *Diotime: Revue Internationale de Didactique de la Philosophie*, n.º 12, 2001. Disponible también en línea en <http://pratiquesphilo.free.fr/contribu/contrib02.htm> ( ltima visita el 9 de mayo del 2011).

² Por convención, diremos a partir de ahora «el filósofo», sin entrar en la cuestión de si los profesores de filosofía son o no «filósofos».

³ (N. del T.) En el contexto cultural y filosófico francés, la *cit * hace referencia no tanto a la ciudad como un lugar geográfico y urbano (*ville*), por oposición al pueblo (*village*) o al campo, sino al *espacio público* de la ciudad (eso que los alemanes llaman * ffentlichkeit* y los anglosajones *public sphere*), por oposición a la esfera privada (la familia, los amigos, el trabajo...).



función a la vez filosófica y ciudadana: desde este punto de vista, el café filosófico es hoy una de esas oportunidades a aprovechar.

2) El filósofo, gracias a su formación y a sus competencias, puede hacer una aportación específica al café filosófico, que será también útil para su dinámica ciudadana y reflexiva.

3) A cambio de ello, la práctica del café filosófico podrá enriquecer su reflexión personal, y si es docente, su práctica pedagógica, especialmente la de la discusión filosófica en clase.

El café filosófico interpela al filósofo sobre su función en la ciudad

En la medida en que el café filosófico se autodesigna como «filosófico», es legítimo que este calificativo interpele al «filósofo» y que éste se pregunte si el café filosófico es de verdad filosófico, tal como su nombre anuncia. Se podría pensar que como se trata de una práctica, nuestra facultad de juzgar debería examinar caso por caso, incluso en diferentes momentos, y que sería intelectualmente deshonesto condenar a priori lo que no conocemos. Sin embargo, algunos juzgan en nombre de un principio: café no casa con filosófico, porque una cafetería es un comercio y no un lugar para estudiar, un lugar donde se consumen bebidas y se mezclan las opiniones populares. Negarse a entrar en un sitio así significa preservar una cierta concepción de la filosofía: romper con multitud de prejuicios y con los prejuicios de la multitud, porque de la agitación de lugares comunes no puede surgir la «creación de un concepto» (Deleuze rehuía así toda discusión⁴). Un buen número de filósofos que han querido intentar la experiencia han visto rápidamente confirmado lo que ya pensaban: un narcisismo que se incrementa por la intervención pública del sujeto, personas que se enrocan en su opinión (doxología) y una voluntad de atraer a los demás hacia la opinión de uno (sofística). El asunto se comprende.

Sin embargo, otros filósofos, paradójicamente, han decidido participar en los debates e incluso animar⁵ o crear cafés filosóficos.

⁴ G. Deleuze y F. Guattari, *Qu'est ce que la philosophie?*, Editions de Minuit, 1991, pp. 32-33.

⁵ (N. del T.) Los filósofos franceses utilizan de manera habitual el término «animador» para referirse a la persona que dirige la discusión filosófica con un grupo y el verbo «animar» para el acto de hacerlo. Los anglosajones, por el contrario, prefieren hablar de «facilitador» y de «facilitar».



Desde luego, no es que pidan a una asamblea de participantes, como si se tratase de una clase de bachillerato, que hagan filosofía en sentido doctrinal, sino que piensan que el café filosófico puede ser un lugar en el que precisamente puede trabajarse el cuestionamiento de las opiniones, puesto que es allí donde ellas se expresan.

Así que la cuestión de asistir o no a un café filosófico divide a la propia comunidad filosófica⁶. En realidad, se trata de plantear la cuestión de la función del filósofo en la ciudad. ¿Debe éste permanecer en la universidad, donde contribuye a desarrollar la filosofía actual y a transmitir el patrimonio filosófico a sus estudiantes? ¿Debe limitar su actividad al bachillerato, donde tiene la misión de ayudar a los alumnos a pensar por sí mismos y a prepararles para la selectividad? ¿O debe salir del mundo de la investigación y la docencia y dirigirse al pueblo?

La función del filósofo en la ciudad es un viejo problema desde los griegos: Diógenes se dirigía cínicamente a cualquiera que pasara por delante, ya fuese un mendigo o Alejandro Magno. Sócrates practicaba la mayéutica en el ágora de Atenas con el esclavo Menón. Platón consideraba que el filósofo debía descender a la caverna para liberar a los prisioneros. ¿Por qué habría de detenerse hoy la impertinencia del filósofo ante las puertas del mundo cerrado de la escuela y en el marco «apacible» del funcionario? ¿Acaso no tiene el filósofo un papel público que asumir en el espacio público y en la sociedad civil?⁷ El café filosófico podría ser uno de esos lugares de interacción próxima, menos distante que la publicación de libros —raramente exotéricos— o la conferencia-debate, que se organiza en torno a las sabias palabras del filósofo.

Tanto más cuanto que existe un vínculo originario entre filosofía y democracia. Por primera vez en la Grecia de Pericles, ya no es la autoridad la que se impone a un grupo, sino que es el argumento el que sienta cátedra, por y durante el ejercicio de la palabra libre. En el siglo XVIII, los filósofos de la Ilustración ligaron de modo sustancial la democracia a la instauración de un «espacio público» y organizaron el derecho a la expresión de opiniones plurales. Al abrir el campo de la argumentación

⁶ (*N. del T.*) El autor se refiere, por supuesto, a la comunidad filosófica *francesa*, pues allí surgieron los primeros cafés filosóficos y ha sido allí donde este fenómeno ha tenido mayor aceptación (más de 150 cafés filosóficos por todo el país, según algunos autores).

⁷ Marx, Sastre y Bourdieu, por su parte, han preconizado una intervención directamente política y han renovado la problemática del «intelectual comprometido».



a la discusión, la democracia proporciona la misma legitimidad a la palabra del sofista —que quiere (con)vencer— y a la del filósofo y apela a la búsqueda de la verdad por medio del ejercicio de la razón universal.

Aquí interviene la responsabilidad del filósofo en el debate democrático: impedir que la discusión recaiga sobre el triunfo de la opinión predominante; garantizar la calidad discursiva del debate democrático mediante la exigencia del «mejor argumento» (Habermas), aquel que coloca la verdad racional de una postura por delante de su eficacia persuasiva y que instituye la asamblea como «comunidad de investigación» (Lipman) sobre un fondo de «ética de la comunicación» (Apel). Esto puede ser lo que se decide en un café filosófico, donde esa vigilancia puede (si se ejerce) llegar a ser efectiva, porque es un lugar en el que se trata de intercambiar ideas y no de decidir acciones, de modo que se pueden mantener a distancia los intereses estratégicos de un grupo.

¿Qué puede aportar un filósofo al café filosófico?

Esta vigilancia reflexiva no es evidente en un debate de ideas. Un simple intercambio de opiniones no garantiza en absoluto la «filosoficidad» de los debates. Hablar no es pensar. No basta decir lo que se «piensa» para pensar lo que se dice. Lo propio del pre-juicio consiste en expresarse, sin problematizar siquiera su propósito, estando seguro de su arraigo en la experiencia, ignorando sus causas últimas, apegado a lo vivido, a lo individual, a lo contingente. Además, la palabra en público supone un poder que se toma y que se ejerce, que se compara con los otros, en una interacción que no es solamente racional y cognitiva, sino también afectiva y personal. Y también social: pone en juego una imagen de uno mismo que hay que conquistar y preservar en el grupo para «salvar la cara» (Goffman). Igualmente, no basta con que la discusión sea democrática para que sea de verdad filosófica. Se puede repartir por igual la palabra y la expresión de los prejuicios.

Por lo tanto, la discusión en el café filosófico se convierte en filosófica cuando escapa a la conversación que «asocia» ideas y comienza a articularlas en relación a una cuestión y entre ellas para estructurar un desarrollo. Es decir, cuando la discusión se convierte en un trabajo —individual y común— sobre las opiniones particulares y las representaciones colectivas que se desarrolla un poco, mucho o



nada en cada café filosófico, y según los momentos, para cada participante y para el grupo entero. Cuando cada posición adquiere la condición de hipótesis, en tanto que es discutible para su validación, dentro de un colectivo que se erige en «comunidad de investigación» (y no simplemente en lugar de confrontación de afirmaciones, y menos aún de enfrentamientos personales) sobre cuestiones difíciles.

Es sobre el grado de exigencia de esta puesta en práctica donde puede y debe intervenir el filósofo, así como cualquier animador o participante que muestre una actitud filosófica. ¿Qué hay que entender por «actitud filosófica»? No se trata en modo alguno de establecer un modelo, sino de proponer un «ideal regulador» (Kant), algunas pistas posibles, ni sistemáticas ni exhaustivas, que puedan servir como puntos de referencia de los «momentos filosóficos»:

1) Introducir brevemente la cuestión con una problematización del tema. Entre otros (supongamos que el tema de discusión fuese éste: «¿es el amor una ilusión?»), los diversos aspectos que convierten la cuestión en un problema filosófico (el amor implica una relación con el otro); los conceptos y las relaciones entre conceptos sobre los que hay que profundizar (amor e ilusión); la definición provisional de un concepto (sentimiento de captación afectiva y sexual), la delimitación de su campo de aplicación (amor entre adultos y no amor a los niños, al dinero o a Dios), las tesis posibles (el amor es una ilusión necesaria) y sus presupuestos (el amor es una realidad que no se corresponde con su percepción); las preguntas que se suscitan (¿se puede amar prescindiendo de la ilusión del amor?); los ejes de la reflexión (moral: ¿el amor-ilusión es egoísta o abnegado?; estético: ¿es la ilusión del amor lo que estetiza la relación con el otro?; metafísico: ¿es el amor constituye al sujeto?).

2) Cuestionar una afirmación, una definición, la propia cuestión, sus presupuestos y consecuencias, e incluso su formulación. Desplazar la cuestión. Dejarse interpelar por las preguntas de los otros y trabajar esas interpelaciones.

3) Conceptualizar una noción, es decir, hacer que la primera definición evolucione y se redefina en el transcurso de la investigación, en función de los debates.



4) Argumentar racionalmente, defender su punto de vista con principios y razones; formular una duda sobre una definición o una tesis; plantear objeciones pertinentes; responder con sagacidad a las objeciones (sobre el mismo plan o cambiando de registro). Utilizar a los otros para argumentar contra uno mismo.

5) Analizar un caso concreto y relacionarlo con el tema con el fin de descubrir su sentido. Pero también elevarse por encima del ejemplo, para que sus palabras ganen en universalidad (y no hablar del amor sólo en función de sus éxitos o fracasos personales).

6) Reformular una intervención para construir filosóficamente su sentido. Subrayar su relación con la cuestión trabajada y su estatus reflexivo mediante la definición de un concepto, el enunciado de una tesis, la argumentación a favor o en contra, con una nueva idea que hace progresar la reflexión (por ejemplo, abriendo otro campo de exploración o cambiando de registro), la clarificación de una intuición entrevista o mal formulada, o el resurgimiento o desplazamiento de la cuestión. Y también articular la intervención actual con las anteriores con el refuerzo de una posición anterior, con un argumento suplementario, con una tesis opuesta, con la objeción a una tesis, o con un argumento o la respuesta a un argumento.

7) Comentar brevemente, a partir de la intervención de un participante, la posición próxima o contraria de algún filósofo, para que sea comprensible sin necesidad de conocer la doctrina en cuestión (ejercicio de popularización filosófica muy difícil, pero muy formativo).

8) Realizar síntesis parciales o una recapitulación final que reestructure el conjunto del debate en relación a la problemática tratada, reflejando su relación con la historia de la filosofía, pero sin que ello suponga una conclusión del tema.

No se trata más que de apelar esencialmente al proceso de pensamiento de todo proceso reflexivo y, en concreto, de aportar el punto justo de doctrina susceptible de enriquecer el debate. Y da igual que lo haga un participante o el



encargado de alguna función en particular: el introductor del debate, el animador, el reformulador, el «sintetizador», el abogado del diablo, etc.⁸

Pero esta «vigilancia filosófica» sólo tiene sentido si el filósofo evita ciertas desviaciones, especialmente:

a) La confiscación de la palabra: en el café filosófico se trata de discutir, no de dar conferencias. No estamos en la escuela: no se trata de dar clase y menos aún de dar lecciones. La palabra debe circular lo más ampliamente posible e implicar al mayor número de participantes, y por eso es preciso que se establezcan una serie de reglas (por ejemplo, sobre el orden, el número y la duración de las intervenciones). Y no porque la calidad de un debate se juzgue en función de la cantidad de sus intervinientes. La palabra no garantiza en absoluto el contenido del pensamiento y el silencio es a menudo la condición de la reflexión. La igualdad del derecho de expresión en ningún caso es equivalente al peso filosófico de las distintas posturas. Pero esto es así porque en este lugar se espera que las aportaciones de los participantes tengan el interés de una reflexión que busca ser colectiva. Y porque la interactividad real con la alteridad encarnada es un fermento muy poderoso de estimulación intelectual para el individuo. El filósofo, que es por excelencia el hombre del discurso reflexivo, no debe aquí abusar ni del tiempo ni de sus conocimientos. Ni siquiera posee el monopolio de las preguntas, puesto que las preguntas filosóficas pertenecen a todo el mundo, y menos aún de las respuestas, ya que una pregunta esconde siempre otra más: cada uno puede aportar aquí su experiencia y sus ideas personales, el saber que le confiere su formación, su profesión o simplemente su vida. Del filósofo simplemente se espera —y esa es su responsabilidad— una intervención filosófica densa, pero breve y clara. Por eso debe evitar:

b) El terrorismo intelectual. Entiendo por tal no la referencia a la cultura y a la tradición filosófica, que será enriquecedora siempre que aumente la inteligibilidad del problema examinado, sino la reverencia a un autor como autoridad, en lugar de que lo sean los argumentos. Por ejemplo, la exposición de nombres, obras y

⁸ (N. del T.) Tozzi es partidario de la *coanimación* del café filosófico, es decir, de que las funciones del animador se repartan entre varias personas: que una persona introduzca la cuestión (introductor), que otro distribuya la palabra (moderador), que otro haga las síntesis parciales y el resumen final («sintetizador», a veces incluso son dos personas), y que otro formule las preguntas a los participantes (reformulador).



términos técnicos; toda pedantería que oscurezca el debate en lugar de aclararlo; y sobre todo la alusión implícita —sin dar las claves de su comprensión a los que las ignoran— a un determinado autor, obra o pasaje que se supone que todo el mundo evidentemente conoce, lo que permite establecer sobre un grupo, con la connivencia de unos pocos iniciados, el poder que confiere la «distinción» (Bourdieu) de un saber no compartido.

c) Un café filosófico puede funcionar perfectamente con «momentos filosóficos» y sin un filósofo en la sala si el animador y algunos participantes hacen gala de las «actitudes filosóficas» que hemos definido anteriormente. Por el contrario, puede funcionar con un «perfil bajo», incluso con filósofos, si éstos realizan intervenciones largas, eruditas o incomprensibles, si intervienen como «sujetos investidos de saber» (lo que destruye el espíritu de investigación) y con una animación «sociocultural» o una gestión democrática de grupo sin ninguna exigencia intelectual.

¿Qué puede aportarle el café filosófico al filósofo?

Démosle la vuelta al asunto. Si el filósofo puede aportar su especificidad al café filosófico, ¿puede la especificidad del café filosófico aportar algo al filósofo? Creemos que sí, siempre y cuando no se contente sólo con interpelar al café filosófico, sino que también se deje interpelar por él, y especialmente en tres aspectos:

1. Dejarse desestabilizar por la opinión

Esta frase puede parecer paradójica, puesto que el papel del filósofo es el de desestabilizar la opinión. ¿Qué podría aprender de la opinión quien tiene la función de ponerla en cuestión?

Sin embargo, me atrevo a afirmar (aunque este testimonio no sirva de argumento) que el café filosófico a veces desestabiliza mi pensamiento. Me sorprenden ciertas formulaciones de las cuestiones (por ejemplo: «¿por qué



complicarse la vida si es tan corta?», «¿tienes algo de suelto para darme?»⁹): me cuesta entender filosóficamente la pregunta y conceptualizar este tipo de expresiones. Tampoco puedo traer a colación espontáneamente las problemáticas clásicas o los inevitables autores sobre el tema, ni las respuestas típicas, como cuando se trata de «temas de bachillerato». Es decir, no puedo apoyarme en mi (¿de-?)formación profesional. Esas formulaciones me obligan a pensar, puesto que no han sido planteadas por filósofos ni han sido enunciadas para que sean filosóficamente «tratables». Me encuentro en la posición de ese alumno que el día del examen no tiene las «claves» (eso que los examinadores suelen llamar un «tema difícil»). Pero en ese caso, ante una cuestión «no académica», en lugar de decir que está «mal formulada», me enfrento a ella; y me interesa porque no sé cómo abordarla, porque es un enigma para mí, un problema (que en griego significa dificultad), lo que es el mejor estímulo para el pensamiento. Y el mismo impacto se puede producir frente a una posición o argumento que yo no haya previsto con antelación (en las opiniones se da lo «imprevisible»).

«Un conocimiento más modesto»: ésa es la experiencia que puede vivir un filósofo en un café filosófico; una especie de «virginidad» ante ciertos temas planteados por los no filósofos, que para ellos tienen implicaciones filosóficas (y muchas veces con razón). Esta confrontación con los no filósofos puede resultar vivificante, en el mismo sentido, aunque de manera diferente, que una confrontación con los grandes filósofos. Hay que cuestionar toda postura de superioridad cultural, toda condescendencia de «aquel-a-quien-nadie-se-la-juega-en-filosofía» y todo desprecio por el pueblo¹⁰, al que se le considera como un «idiota cultural» (Garfinkel), porque puede privar al filósofo de su capacidad de dudar¹¹, de su gusto por investigar y de su deseo de aprender. ¿Acaso no puede el filósofo tener una *doxa*, una «opinión filosófica»? ¿La del profesional de la filosofía

⁹ (N. del T.) La expresión francesa «T'a pas cent balles» es una forma muy coloquial de plantear implícitamente toda una serie de cuestiones de tipo económico y político (p. ej., el aumento de la pobreza, la función de la solidaridad interpersonal o los mecanismos estatales de redistribución de la riqueza).

¹⁰ ¡Ésa es, sin embargo, la posición, por ejemplo, de Platón y Nietzsche, antidemócratas en tanto que aristócratas del pensamiento!

¹¹ En este sentido nos sentimos más próximos de Sócrates, que «sabe que no sabe nada», o de Descartes, que duda de todo. No por relativismo cultural, sino por escepticismo metodológico.



incapaz de «asombrarse» (Aristóteles) ni siquiera ante la opinión, puesto que las ha condenado a priori?¹²

2. Aprender a escuchar

El café filosófico es un lugar (semi-)público al que se acude por voluntad propia, se autoriza a alguien a ser animador y se dan unas reglas de funcionamiento que no son normas impuestas. Nos encontramos ante una situación constituyente. Por lo tanto, un profesor de filosofía está ahí en tanto que persona, exonerado de su salario y de toda obligación profesional. No tiene que conseguir ningún objetivo, ni desarrollar ningún programa, ni preparar un examen, ni poner notas, ni dar cuentas a un inspector o a los padres.

Al no tener el objetivo explícito de la formación, el filósofo puede adoptar una actitud distinta a la de formador: por ejemplo, la de animador, dejando el debate muy abierto y sin preocuparse por dar clase, desarrollar los contenidos, secuenciar una serie de actividades, etc.; o interviniendo cuando le convenga en tanto que participante, desarrollando sus posicionamientos en función de los debates y no de las finalidades institucionales.

Esta «descompresión» respecto a las presiones externas puede ayudarle a estar más disponible a la palabra del otro, sin que, como con los alumnos, tenga que diferirla o filtrarla en función del hilo director que esté persiguiendo. Mi función de reformulador en el café filosófico de Narbonne¹³ desde hace cinco años, en la medida en que se trata más de estructurar lo que se dice y de relacionarlo con el tema que de aportar contenido, me ha enseñado personalmente a escuchar realmente lo que se decía, a hacer un serio esfuerzo por comprender las dos o tres ideas de una intervención —y es un gran trabajo!— y la forma en que ellas se articulan entre sí y con la discusión en curso. Y tanto más cuanto que me veo liberado por mis coanimadoras de la presidencia de la sesión, de tener que distribuir los turnos la palabra en un grupo de unas cincuenta personas y realizar la síntesis a mitad del debate y al final. Así pues, defiendiendo la idea de que un filósofo

¹² ¿No pensaba Platón que había «opiniones rectas», Aristóteles que lo discutible está más bien dentro del orden de lo verosímil que de lo verdadero y Descartes que en cuestiones morales hay que mantener posiciones provisionales?

¹³ (*N. del T*) Puede encontrarse más información sobre la historia de este café filosófico, el modelo de coanimación que allí se aplica y los resúmenes de todos estos años en la siguiente web: <http://cafephilo.unblog.fr>.



puede aprender a escuchar en el café filosófico, capacidad muy útil para un docente que la mayor parte del tiempo no escucha de sus alumnos más que lo que necesita para continuar su «lección».

3. Participar en discusiones

Puede que sea una oportunidad para un profesor de filosofía el participar en los debates de algunos cafés filosóficos y actuar allí de animador. El modelo dominante de la enseñanza de la filosofía en Francia se basa fundamentalmente en tres pilares básicos: la lección del profesor como «obra», el estudio de los textos de los filósofos clásicos y la redacción de disertaciones filosóficas. En el programa de filosofía publicado en agosto de 2000 no se habla siquiera de «discusiones o debates» (al contrario que en la circular de referencia de 1925!).

Ahora bien, nosotros planteamos la hipótesis de que se puede aprender a filosofar por medio de la discusión, tanto como con la lectura y la escritura filosóficas, puesto que en los debates se manifiestan ciertas exigencias intelectuales. Por lo tanto, la práctica de algunos cafés filosóficos puede ser una «práctica social de referencia», por la didactización de la oralidad y de la discusión filosófica, que de momento son los parientes pobres de la enseñanza¹⁴, tanto más cuanto que se da bastante poco en la tradición filosófica (no conocemos más que los diálogos como los de Platón, escritos, y con solamente dos o tres interlocutores, y los largos monólogos sucesivos de las *disputatio* de la Edad Media).

Por otra parte, algunos profesores de filosofía dan testimonio de la experiencia formativa de esta experiencia para animar debates en sus clases de bachillerato. Dado que tal formación (inicial o continua) de momento no existe en los centros de profesorado ni en las facultades, habida cuenta de la tradición magistral de la enseñanza de la filosofía (mientras que, paradójicamente, empieza a desarrollarse una formación en la discusión filosófica para los profesores de primaria), la existencia de los cafés filosóficos nos parece esencial como espacio de experimentación (incluso de formación) para una práctica innovadora del aprendizaje del filosofar.

¹⁴ Esto no ha sido siempre así. Un buen número de profesores de filosofía han organizado discusiones después de mayo del 68, de las que guardan recuerdo las recomendaciones sobre el debate de una circular de 1977.



Conclusión

El café filosófico es un reto actual para la filosofía y los filósofos. Saca a relucir la función de la filosofía en la ciudad (que hay que «popularizar», según Diderot) y la del filósofo en el ágora. Se pregunta sobre el lugar de la discusión en el proceso filosófico y sobre el aprendizaje del filosofar y, por lo tanto, sobre su función dentro de la enseñanza de la filosofía. Así que no es de extrañar que dentro de la propia comunidad filosófica se esté debatiendo el sentido de esta nueva práctica social.

Michel Tozzi es filósofo y profesor de la Universidad de Montpellier III. Como experto en Didáctica de la Filosofía ha escrito numerosos artículos sobre el aprendizaje de la filosofía y las nuevas prácticas filosóficas, y ha coordinado casi una decena de libros sobre estos temas (los últimos son *Apprendre à philosopher par la discussion* y *Débattre à partir des mythes*), además de ser corresponsable de [Diotime](#), una revista internacional sobre didáctica de la filosofía. Recientemente se ha traducido su libro más conocido, *Pensar por sí mismo*. Más información en su web: www.philotozzi.com.